

manaba de una oreja, empapaba la barba, el cabello sedoso y se metía por la boca, que mostraba un rictus terrible, expresando al mismo tiempo desdén y venganza.

Levantamos el cuerpo, le amortajamos y lloramos sobre él como herramienta de trabajo que había sido de tan gran corazón, como armadura de combate que había sido de tan gran espíritu.

El padre Eulogio, que rezó devotamente el oficio de difuntos, no se conmovió ni lloró, sino que enristrando los puños gritó entre dientes:

— ¡Maldita sea la guerra civil!

Y en su ademán abarcaba al oriente, al occidente, al septentrión y al mediodía.



CAPÍTULO X

Sacrilegio

PERPLEJO y mohino emprendí mi viaje, pasando por los pueblos que tanto conocía. Don Alonso quiso que me acompañara un mozo; pero yo preferí marchar solo, á vuelta con mis tristes imaginaciones.

¡La guerra! ¿Qué cosa más tremenda? Pero nosotros no la hemos desencadenado, ¡vive Dios! Hemos hecho lo que habría hecho cualquier partido en nuestro caso. Nosotros queremos el movimiento, el progreso, la vida; sacar á nuestra patria de la atonía colonial, hacerla semejante á los países en que los hombres adoran á Dios como les place, se tratan como iguales y gozan de deberes y derechos. ¡Pocos empeños habrá más santos! En cambio, dos grupos privilegiados, que medran á costa de la ignorancia

y de las desigualdades, se oponen á esos fines. ¡Que sea suya la culpa, y que sobre ellos caiga la sangre derramada!

A medida que avanzaba el camino, encontraba que no todo era como el oasis que acababa de dejar. Campos talados, chozas incendiadas, gentes miserables, desconfianza, pobreza, miseria, dolor y desgracia se veían donde quiera.

En Encarnación topé con los rifleros de Blanco, que no eran por cierto los soldados flacos y estragados que conocía, sino hombres fornidos, atléticos, llenos de vida y vigor.

El veintisiete de Mayo llegamos á San Juan de los Lagos, pueblo que había visitado en mis tiernos años. Eran famosas en muchas leguas á la redonda aquella Virgen taumaturga, que contaba sus milagros por millones y á quien venían á ver de todos los puntos de América peregrinos que solicitaban la salud, la fortuna ó la vida; aquellas torres que se decía habían sido hechas por manos de ángeles; aquella iglesia hermosa y afligrida, que contenía siempre un pueblo de gentes prostradas en posición de éxtasis, de adoración ó de ruego.

En otros tiempos, cuando el comercio se practicaba lenta y perezosamente, cuando una carga tenía que pasar por tantos vehículos como trámites oficinescos, y cuando el caballo, el carro, la mula, el burro y el *tamene* corres-

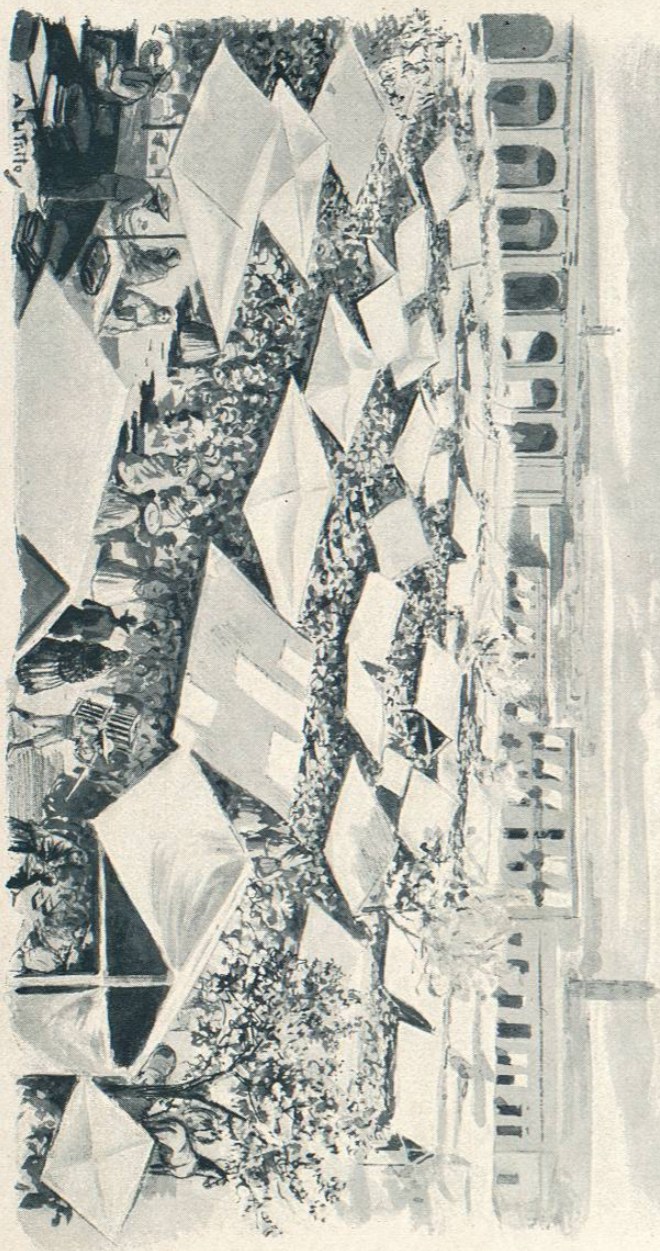
pondían al pase, al guía, á la tornaguía y á las cien mil trabas fiscales, todos veían el cielo abierto con la feria de San Juan.

Allí el devoto pagaba la manda y colgaba la muleta de veras ó el ojo, la pierna ó el brazo hechos de cera ó de plata; el tahur jugaba y ganaba los miles de onzas que había en las partidas; el comerciante realizaba los efectos que tenía disponibles; el volatinero, el cómico, el cantor ó el bailarín, se exhibían y ganaban más dinero que en todo el resto del año, y el *ranchero*, el *bocaepalo*, el *payo*, sacaban á luz el chorizo de onzas, la red de pesos duros ó por lo menos la bolsa repleta de medios chinitos.

Allí era el proveerse de las piezas de silesia, de estopilla ó de bretaña; de los *granos de oro*, los merinos y los paños veintiochenos; de los fieltros alemanes con chapetas de plata y de las medias de la patente; de los casimires alemanes y de los zapatos finísimos; del cacao y las almendras mejores para fabricar el chocolate exquisito.

La feria era para las poblaciones del interior algo como un prólogo del paraíso. Allí se salía de la rutina y de la economía diarias, y se gastaba con garbo que nadie habría imaginado en gentes que todo el año lo pasaban contando los bocados y economizando el *tlaco* y el *medio tlaco*.

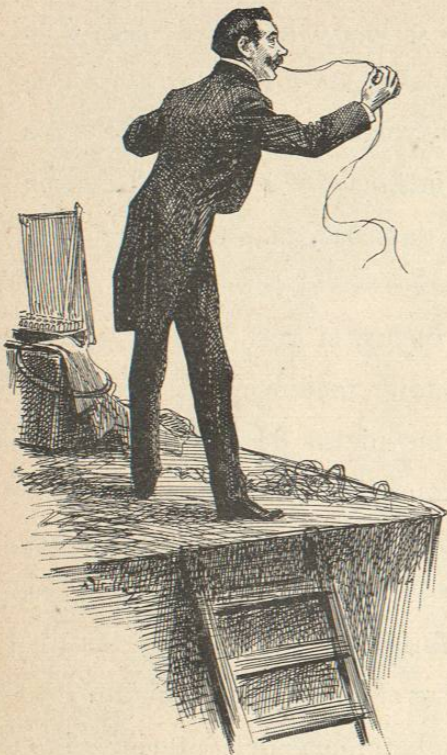
Me ponderaban mis tías el jamón como cosa celestial, y en una feria lo probé por vez primera, por cierto que



Allí era de proveerse de las piezas de silesia...

no quería convencerme de que se había de comer crudo.

Me hablaban de los grandes músicos y cantantes, y en San Juan escuché á la Alboni, á Henri Herz y á Frantz Coenen, que me gustaron mucho menos que el mágico Emilio Rossi, que arrojaba cintas y flores por boca y narices, y sacaba pesos duros de los ojos y de las orejas de los espectadores.



Cuando mis triunfos escolares me hicieron acreedor á la recompensa de un caballo, fué en el *egido* de San Juan donde me compraron el potrillito pinto, que se conocía en mi pueblo con el nombre de *Café con leche*.

Pero lo que no podré olvidar nunca, será mi entrada al santuario donde se adoraba á la Virgen prodigiosa. Era edificio grande, de altas bóvedas, lleno de luz y de ventilación; pero allá, junto al presbiterio, se veía una aglomeración de cosas oscuras é informes. Más cerca se distinguían harapos, rodillas llagadas, caras destrozadas

por el lupus, brazos secos que imploraban, piernas torcidas que se arrastraban, ojos vendados que buscaban la luz, semblantes macilentos que celebraban la reconquista de la salud, mujeres dolientes, niños cacoquimios, viejos inválidos, soldados ostentando muñones que parecían desnudeces erubescentes...

Y dominando el conjunto de cirios crepitantes, de rezos discretos y suspiros ahogados, subió una voz, una gran voz compuesta de todos aquellos sollozos, de todas aquellas imprecaciones, de todos aquellos dolores, de todas aquellas escaseces, de todas aquellas penas: la tristeza del enfermo que agoniza á la hora del crepúsculo, la del que abandona mujer é hijos en la noche obscura, la del soldado que cae en el campo de batalla, siente pasar sobre su cabeza á los fugitivos y se abraza á la estampita milagrosa que su madre le dió al salir del pueblo...

Eran unas alabanzas á la Virgen, tiernas, sencillas y acariciadoras. Se la alababa por su pureza, por su candor, por su hermosura, por su gracia y por su fuerza. La canción tenía un estribillo disparatado y sin cohesión, seguía una estrofa tierna y cariñosa y acababa con una voz de dolor del alma.

Pero la letra no era nada; todo lo era la música, un grito solo, un grito potente, que se escapaba del alma galvanizando los huesos áridos, crispando los cabellos

introduciendo un soplo de fe en las almas que dudaban, recordando que sobre los hombres y sobre el mundo había poderes ocultos á quien reverenciar.

Y seguía el estribillo banal, flojo y sin fuerza, para dejar sitio á la estrofa colorida, potente y tremenda como la trompeta del juicio en el *dies irae*, transformando aquellos rostros estragados, aquellos cuerpos macilentos, aquellos ojos sin luz que llamaban á María *Casa de oro*, *Arca de la alianza*, *Puerta del cielo*, *Consuelo de afligidos*, *Refugio de pecadores*, *Paloma*, *Estrella*, *Reina*, *Madre*, *Vaso de elección y Concebida sin obra humana...*

Las transacciones eran inmensas; la concurrencia era tanta, que no pudiendo los miles de peregrinos pagar los alquileres altísimos que corrían en la población, se acampaban en el *Cerro de las bolitas* ó en las plazas y calles.

Y durante quince días, en el espacio reducido del poblacho, se aglomeraban cientos de miles de personas que giraban solo al rededor de una estatuilla de madera corroída por los años, que se había renovado para resucitar á la hija de un saltimbanqui.

Cualquiera puede figurarse la riqueza del santuario, teniendo presente que sólo de cabos de vela de cera que dejaban los peregrinos, se recogían anualmente treinta ó cuarenta mil pesos; que los ex-votos de plata y oro valían otro tanto, y que las limosnas montaban á cantidades inverosímiles.

Ciudad que vivía por la iglesia y de la iglesia, San Juan era esencialmente levítica. Se pensaba que el entronizamiento de los liberales traería la mengua y quizá la destrucción del culto en el floreciente santuario; y por consecuencia el abatimiento de la población y la pérdida de su comercio.

Se recibió al ejército con una escaramuza, y por la tarde del día de la entrada, Blanco mandó abrir las puertas del Santuario y penetró á él. Se nos mostraron por dos sacerdotes que temblaban de miedo las dalmáticas bordadas en Toledo, los estandartes tachonados de pedrería, las casullas hechas de telas del oriente, los frontales recamados de oro, los candelabros cincelados, los ostensorios que irradiaban luces, los candiles de plata maciza, los ciriales hechos á martillo, los viejos misales con tapas y lomos exquisitamente miniados, y nada de esto quiso Blanco.

Sin esperar á que le dijeran cosa mandó abrir el camarín, vasta pieza abovedada y llena de luz, y dispuso se excavara al pie de un cuadro de Lucas Jordaens que representa un pasaje bíblico. En dirección de la cola del poderoso caballo blanco que llena el cuadro, se empezó el trabajo, y al cuarto de hora ya se habían extraído cien mil pesos que fueron á llenar las cajas del ejército.

Uno de los sacerdotes, viejo y cansado, nos miraba con espanto, no queriendo dar crédito á sus propios ojos; otro,

joven, pálido, de cara larga, con aspecto de San Luis de Gonzaga, lloraba tristemente y habría querido hacer caer sobre nosotros los rayos que consumieron á Coré, Datán y Abirón.

El mismo día salimos para Guadalajara, llevando preso al padre Santillán. El pueblo se nos mostró tan hostil, que no vimos una sola cara amable ó ceñuda que nos deseara buen viaje ó calamidades próximas; todo estaba cerrado, triste, quieto, sin movimiento, como si la ciudad hubiera muerto y acabara de ser desenterrada.



CAPITULO XI

Un hachero

ERA flacucho; su fisonomía, de rasgos vulgares, no inspiraba temor ni causaba espanto, ni servía de coco á los niños; su andar era acompasado y su voz apagada; padecía eso que llaman *ternura de ojos*, granulaciones de los párpados que hacen lagrimear constantemente y obligan á hacer muecas involuntarias, moviendo labios y narices.

Para dar una orden empleaba circunloquios y rodeos, de modo que no pareciera que se imponía; usaba pocas veces el traje militar y casi siempre el ciudadano; no llevaba melena, no se vestía estrepitoso ni llamativo, no hacía alarde de conocimientos, ni de autoridad, ni de valer.

Su ciencia en lo que hoy llaman exégesis, era inmensa.